

RELATOS DE VERANO

Una semana y un día

ANTONIO PEREIRA

Poeta y escritor de relatos, obtuvo el Premio Torrente Ballester con su obra *Las ciudades de Poniente*, recopilación de cuentos ambientados en El Bierzo.

Érase una vez un rey, y aquella tarde de verano según iba yo por el sendero del bosque, me lo encontré de cara. Buenas tardes, rey, lo saludé, y le respeto estaba en la entonación, todos tenemos ganas de saber los pensamientos de usted sobre lo que está pasando en el Reino, ¿no crees tú que habría que empezar siempre con la sencillez de las viejas historias?

A Silvia le gusta mirarme cuando hablamos de mis cuentos después del amor, creo que últimamente le dedicamos más tiempo a la conversación que a lo otro, pero a ella no parece importarle y eso me tranquiliza respecto a mis perezas en la cama. Se pone de costado, un poco levantada sobre el codo, vigilando mi postura egoísta y que la brasa de mi cigarro no le desgracie las sábanas estampadas de diseño.

-Es bonito, pero si empiezas con ésas es probable que los lectores crean que es un cuento, y decir un cuento es pensar en el cartoné con ilustraciones para los niños.

La culpa la tengo yo por aceptar el compromiso de escribir para los periódicos. Esta mujer sabe qué es lo que a mí me gusta. Por el aire pasan los temas como mariposas de alas fascinantes, son muchas, pero sólo alguna que otra –de tarde en tarde- se para delante de mis ojos y los encanta con sus colores. Entonces, sí, el oficio de escribir es como el oficio de respirar, tan enteral, y no esta esclavitud de tener que urdir una docena de hojas DIN-A4 para fecha fija. Y en agosto.

¿Pero no se le puede dar más fuerza a ese chisme del aire?- y ya me estoy arrepintiendo porque el aparato lo compramos a medias hace dos días, es mi única aportación al ajuar del apartamento de Silvia y mi pregunta pudo sonar a exigencia.

El climatizador como si dijéramos ganancial (ella aceptó contenta, le gusta que me implique en sus cosas), la factura de la avería inoportuna del coche (pero esperada, siempre ocurre en verano), los apremios de dinero, próximos al chantaje, de mi ex mujer. Un cuento magistral con la esfericidad que definía Cortázar, un cuento esmerado sale con mucho decoro en la *Revista de Occidente* o en papel verjurado de *El Extramundi*, pero donde uno arregla el mes es en las grandes fábricas de los papeles diarios, hay que vivir, a ver si me encaro de una vez con esta pejiquera de encargo.

-Tú exageras, guapín. Aunque de vez en cuando, te conviene salirte de la torre de marfil de tus exquisiteces, que la gente corriente te lea, que suene tu nombre.

-Una pejiquera.

-Lo que te gustan a ti las palabras anticuadas -sigue Silvia, que se está levantando como si quisiera empujarme con el ejemplo-, eso de pejiquera.

-Pues a ver cómo diría la licenciada.

-De ser tan pesimista como tú, diría un coñazo.

Yo me incorporo despacio, vagamente desanimado por el súbito descubrimiento de que es domingo y toca paella en el restaurante de Elipio.

-Con tal de que no haya cerrado -me agarro a la posibilidad.

Silvia conoce el lugar desde cuando era universitaria:

-Ese no cierra ni por defunción de toda su familia.

No será exactamente paella valenciano ilustrada con ingredientes sabrosos, más bien es arroz un poco pasado de punto. Según se comía en el colegio mayor, el mismo que aún ahora se sirve cada domingo, todos los domingos en las pensiones y en los hospitales, en los cuarteles y en los pequeños restaurantes madrileños de un tenedor. A Silvia le gusta. Dice que el arroz de los domingos une mucho, ella tiene sentido de lo familiar. Ya en pie, le doy a Silvia una palmada en el culo el gesto más inocente que puede ejecutar un amante estable. Maciza. Licenciada. Asturiana.

Los lunes no cuentan. Lo dicen los psicólogos y los médicos, son malos días para la salud del cuerpo y la del alma y no hay más que azoarse a las estadísticas. Ni de estudiante chico ni de adulto he podido empezar nada el primer día de la semana. Este lunes vamos a borrarlo de nuestra historia.

Como el martes, lastrado de refranes funestos. A quién se le ocurre, ponerse al

tajo en un día que ni te cases ni te embarques.

Miércoles, calor. Calor, incluso para uno que es nacido y criado en un pueblo de Jaén. En estos tres días no he ido con Silvia. Este año no cierra ella por vacaciones hasta septiembre, a mí no me importa quedarme en Madrid porque en pleno verano encuentro helada el agua de las playas, igual si son playas del sur, y la montaña me pone al borde de la depresión a las dos horas de respirar el verdor. Algo me dijo sobre si en estas fechas tan raras quería quedarme a dormir en su casa “de pensión completa”. Pero ella sabe que salvo las noches de los viernes y algunas de los sábados, lo que me gusta es que en su piso de Isaac Peral nos acostemos un rato, y luego marcharme a respirar la libertad y la independencia en unos metros cuadrados, pocos, pero míos. Y además, para no ser un mantenido. Para no serlo del todo

Es verdad que te faltan gentes y costumbres, pero en cambio puedes escribir sin que te interrumpan. Sí, señor, escribir como in escritor de oficio. El miércoles me tiré de la cama con decisión que rayaba en el entusiasmo. Tenía café, cigarrillos, latas cerveza bien fría. El dichoso relato de verano me pareció una nadería para mis facultades, eso me lo vendimiaba yo en unas cuantas sentadas, lástimas el laboreo algo pegajoso de la pluma en la mano, mi incapacidad para el ordenador o por lo menos para la máquina eléctrica.



Hay dos maneras, hay muchas, pero pongamos que hay dos maneras principales de meterle mano al asunto. Te empapas de la historia que vas a contar, hasta obsesionarte, y entonces te sientas a la mesa del escritorio. O te sientas de entrada y, manos a la obra, las ideas traen palabras y las palabras traen ideas, a ver qué pasa, siempre con respeto y temor, pero siempre termina llegando (sí, por lo menos hasta ahora) ese momento maravilloso en que pones la palabra fin, no la escribes, pero la gozas.

Me decidí por el sistema de empezar a trabajando con la cabeza. En verano puedes sudar en la cama, pero es una manera digna de sudar, más que sentado en la silla, que con el tapizado de plástico la humedad te crece entre los cachetes de la posadera. Por eso volví a la horizontal, tumbado encima de la sábana, en pelota picada. Venga de tantear argumentos. Por ejemplo. El personaje que ejerce un oficio nuevo: es culto a la ancho más que a lo profundo; no es que sepa mucho, pero sabe de todo; lo requiero de una buena familia venida a menos, con talento natural pero habiendo fracasado en sucesivas oposiciones ambiciosas -¿va perfilándose el retrato?--; de lo que ahora vive el hombre es de asesor en la sombra de un advenedizo que ha llegado al poder demasiado de prisa, le prepara los discursos y las corbatas, la gracia estará en que también el asesor se ocupe, ahora entre comillas, con la mujer ociosa del poderoso

siempre azacanado. O con la querida, ya lo veremos.

Pero no me gusta inspirarme en los políticos o en los banqueros, porque en seguida le llega la fecha de caducidad al producto.

También anda rondándome el aristócrata venido a menos que resuelve la situación doblando sus disponibilidades a base de días alternos, un día vive como un señor y el día siguiente lo pasa en la cama sin gasto de dinero ni de energías. O uno de Úbeda (me da por los arruinados) que le vende su palacio a un jeque, y el árabe le deja un ala de la casona para que siga residiendo, porque el viejo prócer le da lustre a la propiedad con su trato tan fino.

Pero creo que voy a decidirme por lo de Pepi la Hebrea, es una historia sonriente y sedosa, una narración para estas fechas no debe meterse en filosofías

Antes de ligarme a Silvia (o que ella me ligara), había tenido yo una relación con Pepi la Hebrea. Era paisana mía, de Carchelejo, aunque éste cae para el lado puesto de la provincia. Nunca llegué a saber quién le había puesto la Hebrea como nombre de guerra. Pero lo de la guerra es un decir, porque la chica era lo más pacífico y decente que conocí en mi vida. Delicada, pudorosa hasta la ñoñez, sobrevivía en Madrid trabajando en un espectáculo sexy en la Cava Baja, absolutamente pornográfico. Lo profesional lo separaba con rigor de su vida y sus sentimientos personales. No se lo pregunté, pero a lo mejor iba a misa. Le tenía respeto y cariño a una compañera mayor que estaba en las últimas de su carrera y la aleccionaba con su experiencia traída del Paralelo barcelonés. Yo vi actuar a esa veterana, todavía tenía un desnudo aceptable. Había como un alarde de poderío y juventud en su sexo. Pepi la Hebrea me secreteó – sin sarcasmo-, con admiración tierna- que la señora Cruzet se poblaba la entrepierna con un bisoñé. La sujeción era perfecta, el único secreto que la experta se reservaba.

Yo creí que se teñía ese vello –le dije a la Pepi-, una noche que fui a buscarte era muy negro y a los pocos días lo enseñaba de un rojizo provocador.

-Tiene surtido de bisoñés, se los manda un peluquero de Tarrasa.

- Es lo que me ha contaba aquella chica, no me importa haberla perdido pero a veces me preocupaba pensar en lo que puede haberle pasado con el equipaje tan raro que arrastraba por la vida.

O sea, que argumentos sobran. En cualquier momento me dispongo y empiezo tirando por el lado que cuadre, una semana en esta época del año da para mucho.

El sol se filtra, todavía clemente, en las franjas a través de los listones verdes de

la persiana de mi cuarto de soltero, parece que no pega decir un cuarto de separado. Y qué cosas, el recuerdo me viene del pubis de algunas mujeres con las que disfruté en mi vida, supongo que sin postizos. Ahora mismo, su una suavidad así la tuviera aquí a mano. Menos mal la música de fondo de la 2 y los libros de la mesilla de noche, elegir entre Borges y Cunqueiro.

El jueves (que seguía arreglándomelas yo solo) por la mañana bajé por unas digestinas suaves, el tabaco y algunas comisiones, y al volver estaba parpadeando la señal del contestador. Quieto, no dejes algo venga a entorpecerte ahora que tienes encima lo del relato de verano, tú sabes que diez o quince folios son mucha tela para tu manera de escribir. Pero pulsé la tecla de los mensajes. Señales de una llamada abortada. Después venía otra llamada, ésta sí daba la cara, un recado de la secretaria de Miguel Arosa. Me indicaba un número de teléfono y que, por favor, tuviese la bondad de llamar con urgencia.

Una voz agradable, pero enlatada, me recibió: Está usted en contacto con el Grupo Tal, que esperase unos instantes, y me dejó en la escucha de una música de película que no conseguí identificar en los primeros minutos de aquella antesala invisible. Pensé colgar. Pasaría un cuarto de hora. Recordé que los recados apremiantes a las cartas que ponen “urgente” significan que son urgentes para el emisor, raramente para el destinatario. Pero el hombre que me buscaba es un personaje que hasta el más indiferente, el más independiente de los escritores se apresura a reverenciar.

La melodía que sonaba en la centralita era un arreglo de la horterada de Pretty Woman.

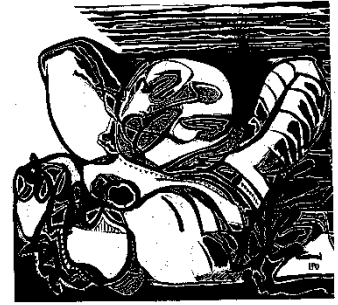
-¿Don Miguel Arosa?- pude decir al fin.

Me pusieron con la dirección, di mi nombre, y la secretaria particular; que al momento me ponía con el señor Arosa. O sea, que el patrón no se encontraba hablando por otra línea, ni tenía una visita en su despacho, ni mucho menos estaba reunido. Eso es la gloria literaria, cuando empieza a ocurrirte que si llamas por teléfono al editor, el editor no está reunido.

-Te voy leyendo últimamente -dijo Arosa y veo que estás despegando, bueno, hace años que sé con quién me gasto los cuartos como lector, desde que nos conocimos en aquel verano santanderino de la Menéndez.

-Yo también he seguido tus ascensos, aunque nunca te mandé una felicitación, para que no creyeras.

-Qué tontería, no hay nada que hubiera podido creer, fuera de la amistad. Y en todo caso, cuando uno trata de reclutar a los amigos que valen, se favorece a sí mismo. Ahora mismo, te estoy llamando para pedirte una cosilla para la revista. Es una serie, seguro que la habrás visto, con las impresiones y recuerdos de trece novelistas sobre un verano de su adolescencia.



La reina del color, la revista por excelencia, con un millón de ejemplares de tirada, el imperio de toda una semana sobre los kioscos y las estaciones y los aeropuertos, en las peluquerías y en las esperas de las clínicas, en las costas frívolas como en las ciudades del interior.

-Te lo agradezco mucho, Miguel. Depende del plazo. Hoy es jueves y antes de cuatro días debe entregar un relato bastante extenso y ni siquiera tengo decidido el argumento, por nada quisiera quedar mal con el periódico que me lo pidió...

No me dejó seguir.

-Naturalmente que debes cumplir con el periódico que sea- se le oyó reír con una seguridad petulante-, en esta casa no tenemos celos de nuestros colegas de la semana, conque menos aún de los diarios, que son otra cosa y van a lo suyo. Cuento contigo no me defraudarás en esto que puede ser el comienzo de cosas mayores. De setecientas a mil palabras. Mañana, incluso vale pasado mañana, te mandamos el mensajero.

Seguro que con el Montalbán, el Marías los bercianos que están en todo, puede que con Camilo. Un cheque rápido y succulento para no tener que gorronearle tanto a Silvia. Y de pronto, como el rayo, la inspiración maliciosa que de vez en cuando nos visita a los vagos: *El destino de la cometa*.

El borrador de *El destino de la cometa* lo preparé en un dos por tres, y a media tarde cuando ya se podía salir a la calle sin achicharrarse, cogí el coche y me acerqué hasta Vallecas.

Raramente veo a Silvia en su salsa, con una bata blanca bien cortada que parece un modelito, y si me cuadra ir al encuentro de lo más apetecible y alguna vez quise demostrárselo con vehemencia en la rebotica. En la fachada, que de noche tendrá una cruz verde luminosa, se leer el nombre solamente de la licenciada y a mí me parece como si se tratase de otra persona.

-Traes cara de haberte tocado la lotería- me dijo.

De un tirón rápido le largué mi golpe de fortuna. Y con aire de suficiencia, los papeles, como diciendo para que veas.

-Es para la revistona de actualidad, ya sabes lo que representa eso, en septiembre me voy contigo a Lanzarote.

La vi que se le abría una sonrisa alegre, yo creo que esta mujer que quiere de veras. Echó un vistazo a las cuartillas y dijo que a esas horas apenas había público, que me lo pasaba un momento, como hace siempre con mis trabajos. Tiene un ordenador para los trámites del Seguro y del colegio de Farmacéuticos, con una letra preciosa y además me corrige ella los descuidos en los acentos. Que lo pasaba en un momento, acababa de decirme. Luego, de pronto, de le cambió la expresión y me dijo:

-Espera. Y volvió a sobrevolar los papeles, una inspección rápida, pero enterándose-. Mejor que entremos un momento-.

-El mancebo no me gusta, tiene un estrabismo de mal fario. La mancebita es repipi, maliciosa, probablemente una chica decente –su jefa dice que decentísima-, pero yo la veo pinta de putilla. No sé si saben a ciencia cierta quién soy yo, o si sólo sospechan. Allí siguieron atendiendo a los clientes que entraban. Seguro que en el fondo les gustaría que entrase un atracador, ¡Es un atraco! ¡Venga la caja y el armario de las drogas! –se ve que la imaginación no lo abandona a uno-, ocho horas despachando me parece mucho aburrimento

Esto ya me lo habías dado –y Silvia me miraba de frente, ni siquiera se le ocurrió que nos sentáramos a la camilla de la rebotica. Le has cambiado el título, te has inventado un abuelo en Biarritz en vez de tus tíos en Marmolejo, pero vas a comprobar que es el mismo rollo, con cometa y todo, que te pasé para esa promesa que hiciste. Y precisamente se la hiciste a los de mi tierra.

De entre un montón de recetas y facturas sacó un par de folios muy claros de impresión.

-eso ya lo sabía yo –declaré con aire tranquilo-. A ver cómo crees que hubiera resuelto el compromiso en un par de horas. Lo de esos paisanos tuyos puede esperar.

-Hay que joderse –muy cabreada tenía que estar-, los del sur os tomáis todo a chirigota, o es que no tenéis palabra.

Eso del paisanaje lo defendía a punta de lanza, a veces me llevaba de comilona a la Casa de Asturias y todo era un jaleo de abrazos como si aquella gente se hubiera reencontrado en América y no en Madrid, a cuatro horas de coche de su pueblo.

-Vosotros, los andaluces, algo os juntáis de tapeo por los bares de Atocha, pero no sois de casa regionales, y de emocionaros con la tierrina, eso os viene de que no cantáis a coro.

Volví a hablarle de la ocasión no podía escapárseme de las manos. Me dijo que valgo mucho y que esas ocasiones no faltarán en mi vida. Le recordé la tela que te sueltan los magazines. Me dijo que ya ella había pagado en la agencia las reservas para Lanzarote, dos plazas. Recalqué el *OK* que le había dado a Miguel Arosa.

-Seguro que ese tipo te ha llamado con tanta urgencia porque a última hora les ha fallado alguien, tú no tienes que ser plato de segunda mesa.

-Pero tú me decías que tengo que dejar de ser minoritario y airear mi nombre.

-Te lo digo, pero según a qué precio.

Un rato seguimos enredados en estas bobadas. Se acercó a entornar la cristalera que comunicaba con el despacho al público, porque habíamos levantado la voz y podían oírnos. Ahora habló con un tono casi moderado:

-sabes que te quiero, me duele que me decepciones es esto aunque a ti te parezca un tema sin importancia. Las pequeñas cosas morales pueden ser más relevadoras que las grandes, esto lo decías tú cuando nos corrían los guardias, que siempre andabas con la ética en la boca. –suspiró supongo que de nostalgia-. Y últimamente, cuando vienes, me parece que no eres el mismo. Tú me entiendes. Quizá sea un buen momento para dejarlo.

Era de locos. A veces hemos comentado Silvia y yo si debemos llamarnos amantes o si compañeros o si novios. Mi novia había rebajado su dureza en la discusión, parecía acercarse a esa ternura maternal, protectora, sin la cual yo no me gustaría vivir,

-Estamos a tiempo. Una todavía es joven, ¿no crees? –la miré quizá ha puesto un par de kilos, pero qué bien repartidos-. Y tú tienes dos años menos que yo, y escribes, y eres buen mozo, tampoco pasaría nada por abrirse a otros aires.

Terminé enfurecido en el gesto, pero sumiso de corazón. Las hojas manuscritas que yo llevaba recientes, las espurias, las que eran como un plagio de mí mismo, las lancé en pedazos a la papelera de la rebotica. Silvia se acercó a mí con devoción, me cogió la cara entre sus dos manos y me besé en la boca, seriamente, nada de chupeteos. El original primigenio y honrado lo tenía ella, la mancebilla lo llevaría al correo. Tomó un sobre y con su letra de niña de familia bien, rotuló la dirección

irrevocable: *Sr. Director de Rey Lagarto*. Si voy por Langreo, seguro que me pagarán con sidra, y sobre todo, con amistad. Y además me gustó vengarme en Arosa, de las veces en que inútilmente pretendí que se ocupara de mis libros cuando él mangoneaba la crítica en el suplemento literario que todos sabemos.

Silvia, naturalmente, estaba contenta porque yo había cumplido mi palabra con los suyos. Ahora me urgía que la cumpliera también con el periódico donde siempre trataban mis cosas con amistad y sin prepotencias, ella tiene sus filias y sus fobias. Me apremiaba por teléfono. Aquella misma noche lo hizo tres veces, la última a las tres o las cuatro de la madrugada, esta vez para preguntarme si también en mi barrio estaban cayendo chuzos de punta. Los dos estábamos desvelados, lo mío era expectación y el presentimiento de que algo iba a cambiar en nuestras vidas.

El viernes se presentó fresco y limpio, un Madrid recién lavado por la tormenta. Había dormido pocas horas, pero fue despertarme y ver y ver todo claro el camino que estaba buscando.

¿Tú sabes lo que es un metarrelato?

Silvia debió asustarse al teléfono, estaría preparándose para marchar al trabajo y todavía no muy despierta. Me preguntó si se me encontraba bien, que a qué venía eso del metacrilato

-Una historia que trata de cómo se hizo esa misma historia, la literatura dentro de la literatura, esas vainas de los profesores. Te lo cuento esta noche, la noche de este viernes vamos a celebrarla por todo lo alto.

Érase una vez un rey, y aquella tarde de verano, según iba yo por el sendero del bosque, me encontré al rey de cara, y así todo seguido empecé a escribir la crónica puntual de los que Silvia y yo llevábamos semanas. Las ideas corrían más rápidas que la pluma sobre el papel. Algunas dudas me detuvieron, si debo explicar todo o implicar al lector con elipsis insidiosas, esas argucias del oficio. Pero en seguida me sentía arrebatado por la pasión de contar.

El trabajo me ha cundido, tomo un respiro para acercarme hasta la tertulia diezmada del Gijón, vuelvo a casa y me afeito la barba de tres días.

Está anocheciendo en Madrid. Ahora me cercioraré de que va conmigo este montoncillo de folios apretados, cepillos de dientes y zapatillas no me faltan en lo que puedo llamar mi segunda residencia. Por Isaac



Peral y por todo Argüelles estará creciendo la fiesta loca de motoricones y chulillas, y es hermoso saber que a uno lo espera una cena con velas y el sexo seguro, cualquier día nos cansamos de estos manejos y formalizamos.

La luz de los hospitales, aunque sea esta luz natural que viene de la ventana es fría y metálica como lo níqueles de los aparatos. Que estoy en el Clínico. Pues claro, mujer, tú sabes que no perdí el sentido en ningún momento, ni cuando me durmieron de cintura para abajo por lo del tendón de Aquiles. Y ayer fue sábado 12 de agosto, aunque me haya pasado el día adormilado por los sedantes. Recuerdo la cena, son ganas de que te disgustaras porque te había salido mal el gazpacho, cuando ya ves las cosas que le pueden pasar a uno. ¿Y tu ceja?, a ti te cae bien hasta un esparadrapo, arrima que me consuele un poco. Podríamos habernos quedado sin salir de copas, las noches de los viernes la carretera de La Coruña y todas las carreteras del mundo están llenos de locos. Y esas gracietas tuyas, “si escribes no conduzcas”, ya ves que me acuerdo de todo. ¡Pero el relato! ¡No se habrán perdido las hojas del relato! A ti te cambié el nombre, tu farmacia para despistar la puse en Vallecas. Ya sólo me faltaba la última página, quizá media página, yo sé que un broche redondo y sorprendente estaba a punto de ocurrírseme.

-Tranquilo, niño, tranquilo. Te he traído los papeles de tus sudores. Me dictas, y si quieres, este final lo escribimos tú y yo juntines.

En la cama 615-A hay un paisano que dormita sin entrarse de nada. En la 615-B yace un hombre con uno de sus pies escayolado y en alto, la mujer que lo acompaña se inclina hacia el doliente y por debajo de la colcha mete su mano blanca como de dedicarse a una profesión fina:

-¡Ostras, los de Jaén!

Pero ya llegaba a la puerta el carro de las comidas, se olía el arroz algo pasado de los domingos.